

LUIS ALBERTO DE CUENCA (Madrid, 1950).



Poesía española contemporánea, “los Novísimos” / Postmodernismo.

“Cuando vivías en La Castellana”

Cuando vivías en la Castellana
usabas un perfume tan amargo
que mis manos sufrían al rozarte
y se me ahogaban de melancolía.
Si íbamos a cenar, o si las gordas
daban alguna fiesta, tu perfume
lo echaba a perder todo. No sé dónde
compraste aquel extracto de tragedia,
aquel ácido aroma de martirio.
Lo que sé es que lo huelo todavía
cuando paseo por la Castellana
muerto de amor, junto al antiguo hipódromo,
y me sigue matando su veneno.

(*La caja de plata*, 1985)

“Nocturno”

Apagaste las luces y encendiste la noche.
Cerraste las ventanas y abriste tu vestido.
Olía a flor mojada. Desde un país sin límites
me miraban tus ojos en la sombra infinita.

¿Y a qué olían tus ojos? ¿Qué perfume de oro
y de agua limpia y pura brotaba de tus párpados?
¿Que invisible temblor de cristales de fuego
agitaba la seda lunar de tus pupilas?

Recamaste la almohada con hilos de azabache.
Tejiste sobre el sueño un velo de blancura.
Eras la rosa pálida tiñéndose de rojo,
la rosa del veneno que devuelve la vida.

La blusa, el abanico, una pluma violeta,
el broche con la perla y el diamante en el pecho.
Todo abierto y en paz, transparente y oscuro,
sin dolor, navegando rumbo a tus manos frías.

(*La caja de plata*, 1985)

“Amour fou”

Los reyes se enamoran de sus hijas más jóvenes.
Lo deciden un día, mientras los cortesanos
discuten sobre el rito de alguna ceremonia
que se olvidó y que debe regresar del olvido.
Los reyes se enamoran de sus hijas, las aman
con látigos de hielo, posesivos, feroces,
obscenos y terribles, agonizantes, locos.
Para que nadie pueda desposarlas, plantean
enigmas insolubles a cuantos pretendientes
aspiran a la mano de las princesas. Nunca
se vieron tantos príncipes degollados en vano.
Los reyes se aniquilan con sus hijas más jóvenes,
se rompen, se destrozan cada noche en la cama.
De día, ellas se alejan en las naves del sueño
y ellos dictan las leyes, solemnes y sombríos.

(*La caja de plata*, 1985)

“Búscala”

Busca a la Diosa Blanca, ve a buscarla
por occidente y por oriente, por
el sur y por el norte, no la dejes
de buscar en las sombras de la noche
y en las luces del justo mediodía,
sin desmayar jamás, sin acordarte
de otro nombre que el suyo, sin reposo,
por el cielo, debajo de la tierra
y en las profundidades del océano.
No habrá huellas que valgan en tu búsqueda,
pues la Diosa no deja huellas nunca.
Quién sabe dónde está, nadie la ha visto
jamás en este mundo. Pero tú
búscala sin desmayo en esos bosques,
mil veces densos, donde el sol no halla
paso a la hierba. Búscala en las ninfas
que descansan al lado de la fuente
y, sobre todo, búscala en el agua
de esa fuente, en el agua en que los ciervos
sacian su sed cuando declina el día,
en el agua que canta y que libera
de cuanto estorba.
Y luego, cuando nada
te retenga en la selva, continúa
buscándola, aunque duela, por el aire
emponzoñado, por el fuego insomne,
por el camino hacia ninguna parte,
por el desierto helado del silencio,
por las calles vacías del olvido.

(*El reino blanco*, 2010)

“Desde la caverna”

Como todos los hombres, vine al mundo
a recordar, porque el conocimiento
es tan solo memoria, remembranza,
reminiscencia de otra realidad
mejor, más prestigiosa y más estable,
de la que un día fuimos desterrados.
La vida es perseguir inútilmente
la fuente primordial, donde confluyen
todos los hilos de agua del recuerdo,
rozar casi sus gárgolas y hundirse
en el suplicio de una sed eterna.
Tú, madre mía, soledad, aún puedes
salvarme de este olvido que amenaza
con sembrar de silencio las llanuras
sonoras de mi alma. Novia mía,
hermana soledad, dime qué hubo,
o si hubo algo, digno de memoria
fuera de la caverna en la que vivo.

(*Cuaderno de vacaciones*, Premio Nacional de
Poesía 2015)